

El libro contiene, además de una bibliografía abundante, una sugerencia de lecturas adicionales, un índice bilingüe sumamente útil de tecnicismos, un índice analítico y otro de nombres. Por decisión del autor, las notas que irían a pie de página están intercaladas en el texto entre paréntesis.

Una vez más es de alabar la claridad de exposición de Lyons, quien, a pesar de abordar temas sumamente teóricos, los expone de manera clara y concisa, sin acudir a tecnicismos innecesarios que empañarían el texto y desvirtuarían el propósito de una obra destinada a un público de no lingüistas esencialmente. Por su estilo y por el distinto pormenor con que trata los temas seleccionados, creo que podemos considerar este libro como una introducción a la vez que un complemento de su obra anterior, la *Semántica*.

DENISE HETT C.

Centro de Lingüística Hispánica.

JESÚS TUSÓN, *Aproximación a la historia de la lingüística*. Barcelona, Editorial Teide, 1982; 159 pp.

Difícil sobremanera resulta escribir una historia de la lingüística por muchas razones: el nacimiento lejano de la disciplina, su convivencia temprana con otras áreas del saber, la falta de estudios monográficos sobre autores y aun sobre épocas completas, la dificultad de elegir entre opiniones encontradas de los eruditos sobre un mismo punto o sobre la excelencia de los autores, la decantación equilibrada de las teorías y los métodos que se han empleado a lo largo del tiempo; en fin, que los obstáculos convidan a dejar de lado la empresa para tiempos mejores, más que a emprender su conquista. Por estas razones, es loable que Jesús Tusón emprenda la tarea de volver a ese campo, pues la unión de esfuerzos llevará a conocer algún día y de manera profunda los caminos que han seguido las teorías y los métodos lingüísticos.

Ahora bien, los acercamientos a la historia lingüística son siempre parciales y con frecuencia unilaterales, porque es grande la tentación de hacer coincidir los puntos de vista del autor del libro con las teorías que se analizan. Esto se muestra en diversas formas: la inclusión o exclusión de ciertos autores, el espacio concedido a cada uno de ellos, los juicios que se expresan sobre las obras y la exposición parcial o total que se hace de las teorías, según parezcan importantes o no al historia-

dor. De este mar de problemas se han originado diferentes tipos de estudios de la historia de la lingüística: unos, escasos, se reducen a presentar textos antológicos de las diversas épocas, con la intención de que el lector conozca las fuentes y saque sus propias conclusiones (Arens, el Conde de la Viñaza); otros, más numerosos (por ejemplo: Leroy, Mounin o Robins) son textos escolares que presentan síntesis, a veces a vuelapluma, de los principales problemas y momentos de la investigación lingüística; y otros más, como Eugenio Coseriu, niegan la existencia de una historia lingüística de calidad e invitan a continuar los trabajos parciales que la sustentarán en el futuro.

Que lo investigado hasta ahora es insuficiente se pone de manifiesto al consultar los diferentes manuales. La mayoría repite lo dicho por los anteriores y sólo cuestionan levemente o matizan afirmaciones ya hechas; así vemos repetirse una y otra vez errores, insuficiencias y juicios apresurados, que han llegado a convertirse en tópicos. No de otra manera debe entenderse, por ejemplo, la escasa valoración que se hace de la lingüística medieval, como organizadora de la investigación sintáctica moderna. Se repite una y otra vez que confundieron los estudios filosóficos y lingüísticos, olvidando que, para ellos, la gramática era una parte de la lógica, porque estudia los elementos que forman el raciocinio.

Ciertamente, el fin primero que esos sabios se propusieron no fue el conocimiento lingüístico, pero de sus análisis nacieron muchos instrumentos con que trabajan actualmente los lingüistas; por tanto, deben ser presentados como los creadores de ese instrumental teórico y metodológico.

Se dice con frecuencia que uno de los hallazgos de la lingüística del siglo xx fue dejar de lado la investigación de la lengua escrita para ir a la fuente: el habla. Pues bien, eso mismo hicieron esos autores al abandonar los textos clásicos y volver los ojos al lenguaje ordinario (latín), porque sólo él —decían— lleva a la verdad. Observaron, además, que el lenguaje se utiliza en dos niveles de operatividad: el que lleva a las cosas reales (*lenguaje objeto*, en la terminología moderna) y el que sirve para hablar del lenguaje (*metalenguaje*). Hallazgos como éstos pueden encontrarse a cada paso en la lectura de los autores medievales.

Leroy dedicó una página de su obra a la lingüística medieval, y en ella hay pequeñas referencias inconexas a los Modistas y a Dante; total, nada. Unos años más tarde (1970), Lyons aumentó

a dos interesantes páginas el desarrollo del tema. Tusón emplea 13 páginas en el estudio de ese período, con lo que se une a Robins, quien ha profundizado con mayor amplitud, desde hace tiempo, en la época medieval.

En la obra que reseño hay aciertos y limitaciones. Entre los primeros, además del interés por la lingüística de la Edad Media a que aludí en el párrafo anterior, destaca la configuración de varios capítulos que encierran los problemas verdaderamente fundamentales del período que tratan, no obstante lo obligadamente breves, dada la naturaleza del libro. Además, las referencias bibliográficas al final de cada sección permiten al lector ampliar su conocimiento sobre el tema hasta donde lo desee, pues la bibliografía, sin ser exhaustiva, contiene los principales manuales consagrados dentro de la tendencia elegida por el autor. Otras obras quedan excluidas, quizá porque abordan no ya la historia de la lingüística, sino del lenguaje, pero que podrían ayudar a complementar algunos temas, como los libros de J. Vendryes, J. Perrot y M. Pei.

Los trabajos monográficos citados en la obra son también numerosos (extrañamente, no aparecen los de Coseriu, recogidos en el volumen *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje*), de tal forma que el lector encuentra en el texto una guía inteligente de lecturas.

En cuanto a las limitaciones, son —a mi juicio— de varios tipos. En ocasiones, el tema no es tratado en el texto y se recurre a las referencias bibliográficas. Esto no tendría mayor consecuencia, si los temas a los que se aplica este procedimiento fueran secundarios, pero no es el caso de la obra *Astadhyayi* de Panini, que ciertamente no influyó en occidente en la época inmediata a su elaboración, pero es indudable el interés que despertó entre los sabios europeos durante el siglo pasado; y aquí volvemos a otro “hueco” de la investigación histórica. No se ha estudiado con profundidad la influencia de esta obra en el florecimiento del estudio fonético que se dio en Europa a finales del siglo XIX. Es conocido el hecho de que esta obra estudia problemas de teoría general y del lenguaje, de semántica y de gramática descriptiva, pero otra sección está dedicada al estudio del sonido. Las sospechas de esa influencia tienen fundamento: se conoce a Panini en la primera mitad del XIX; se difunden sus ideas a lo largo del siglo y a finales hay, en Europa, un interés no conocido anteriormente por la fonética. Pero aun sin el conocimiento de esta posible influencia, creo

que cualquier historia de la lingüística occidental debe incluir un comentario sobre la importancia de esa obra en la lingüística europea.

Hay otros hechos en la obra de Tusón que deben comentarse. Por ejemplo, no se ven con claridad las ventajas que acarrea el sacar a W. von Humboldt de su contexto histórico e intercalarlo a finales del siglo xix. Las razones que da el autor no convencen. De mayor peso es considerar que muchos estudios de ese autor iniciaron el camino que después recorrieron otros sabios de ese siglo. Además, su formación realizada en el xviii explica en mucho sus trabajos teóricos, los cuales resultan fuera de lugar en la época de los neogramáticos.

Por otra parte, es cierto que la historia necesita de la perspectiva temporal (dejar que el tiempo sitúe los hechos en el lugar que les corresponde), pero tampoco puede el historiador suplir esa falta de tiempo con sus preferencias. En diversas ocasiones nos repite el autor que su bando es el de la gramática generativa y es o parece justificar a sus ojos el tratamiento desenfadado que otorga al estructuralismo europeo. Creo que otros estarán de acuerdo conmigo en que, dentro de un libro de esta naturaleza, no puede despacharse el Círculo Lingüístico de Praga en un párrafo, y en tres más la fonología de Trubetzkoy, pues de esa manera se disminuye la importancia de sus teorías. Se da la impresión, por ejemplo, de que Roman Jakobson y André Martinet no han realizado aportaciones relevantes a la lingüística, pues sus nombres sólo aparecen como miembros del Círculo y las referencias bibliográficas, en este punto, son pobres. Así el lector enterado se encuentra en la necesidad de interrogar al autor sobre el inventario universal de los rasgos fónicos, las teorías fonológicas del lenguaje infantil y la afasia, las funciones poética, metalingüística y fática del lenguaje, las teorías de la doble articulación y la economía de los cambios fonéticos, sólo por citar algunos puntos fundamentales de la lingüística contemporánea. No se habla una palabra de las interdisciplinas (sociolingüística, psicolingüística, análisis del discurso) ni de la semántica estructural. Ante esas lagunas y economías resultan excesivas las 14 páginas que destina a Bloomfield y a Harris, y las 15 siguientes a Chomsky. Por supuesto, no es que no las merezcan esos autores, sino que ante tal desproporción se falsea la realidad, no tanto por lo que se dice, cuanto por lo que se calla.

Al terminar la obra, el lector se queda con la impresión de

que se trata de un ensayo algo apresurado de una obra mayor sobre el extenso e inquietante campo de la historia lingüística.

ANTONIO ALCALÁ ALBA

Centro de Lingüística Hispánica.

LUIS GIL, *Estudios de humanismo y tradición clásica*. Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1984; 370 pp.

Luis Gil, uno de los más brillantes filólogos clásicos de la generación de la posguerra en España y catedrático de filología griega en la Universidad Complutense de Madrid, empezó a incursionar desde 1966 en el ámbito del humanismo español dedicado al estudio de las lenguas griega y latina y al de sus autores; ámbito hasta entonces, y por algún tiempo más, visto con cierto desprecio y aversión por la mayoría de los filólogos clásicos españoles, debido a que no constituía para ellos una herencia de la que pudieran sentirse orgullosos, como sucedía en cambio a los colegas alemanes, franceses, italianos e ingleses respecto de la rica y dinámica tradición humanística de sus países. Con el estudio se acrecentó en Luis Gil el interés y la curiosidad, científica o erudita, hacia este aspecto descuidado de la cultura española, así como la voluntad de iluminar zonas, momentos y personas cuyo valor permanecía opacado por la mediocridad, el atraso y hasta el oscurantismo prevalecientes en los estudios clásicos de los siglos xvi a xviii en España, y también la voluntad "de inventariar fallos para esforzarse por descubrir a través de éstos cuáles fueron los obstáculos que impidieron el normal desarrollo de nuestro humanismo a un nivel europeo"¹. Los estudios realizados por Gil en este ámbito cristalizaron en una serie numerosa de ensayos, que sirvieron de cimiento para una obra mayor publicada en 1981, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*.

Ahora, once de aquellos ensayos, dispersos en publicaciones científicas a veces de difícil acceso, vuelven a ver la luz recogidos en el volumen que es objeto de esta reseña, junto con el texto revisado de una conferencia sobre Terencio en España (1982) y un artículo sobre Nebrija, que data de 1983.

¹ *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, Ed. Alhambra, 1981, pp. x-xi.